

RACHEL BLACKMORE

COSTANZA

La Musa de Bernini

Traducción de:
ÁLVARO ABELLA



MAEVA

Prólogo

Se acumulan los malos augurios

Roma, agosto de 1638

A PESAR DEL intenso calor, el hombre aprieta el paso —medio caminando, medio corriendo— por las calles de Roma.

Es media mañana, el sol está en lo alto y todos aquellos que tienen un empleo remunerado se encuentran afanados en su trabajo. Las calles están abarrotadas de vendedores y en el aire late la percusión estridente de canteros y carpinteros. Un himno extraño, de martilleo y serrucho, tocado para la mayor gloria de Dios.

Dicen los supersticiosos que se acumulan los malos augurios. Este calor, murmurán, es letal. Los ancianos y los enfermos —sus cuerpos ya resecos por la edad y la agonía— mueren más rápido de lo que da tiempo a enterrarlos.

Luego estaba ese sacerdote barnabita que fue alcanzado por un rayo mientras rezaba de rodillas en San Carlo ai Catinari. Dime si eso no es una señal del descontento divino.

La vecina de alguien oyó decir a la amiga de su hermana que el santo padre estaba cubierto de lesiones y que grandes lenguas de fuego consumían su cuerpo cuando exhaló su último suspiro. Por no hablar del incendio del barrio judío, cuyas viviendas fueron devoradas por las llamas como si fueran yesca.

Todo es una señal.

El polvo se levanta desde los pies del hombre, le cubre las calzas, se le pega a los ojos, le hace escupir mugre seca por la boca. Se siente intensamente vivo. Más vivo que nunca. Su cuerpo se estremece y se deleita con la aceleración de los músculos al tensarse y estirarse contra sus huesos a cada paso.

Este hombre es el criado de un artista, un famoso escultor que crea en mármol retratos de papas y reyes tan realistas que la gente se piensa que las cabezas de piedra podrían empezar a hablar en cualquier momento.

El criado lleva dos cántaras de vino. Tiene las palmas de las manos resbaladizas, húmedas de sudor, y agradece el cordel que va enrollado en la parte superior de cada recipiente para evitar que resbale. Las aprieta con más fuerza y las fibras ásperas de la cuerda se le clavan en las palmas, levantando pequeñas ronchas en la piel, pero no se inmuta ante esta mortificación de la carne.

En el bolsillo de las calzas del criado hay una navaja, doblada con cuidado sobre sí misma. Siente el peso tranquilizador del arma, que choca contra su pierna a un ritmo constante (clac, clac, clac) mientras avanza apurado. La hoja es del tipo que usan los artistas. La mejor que se puede comprar. El filo del metal reluciente ha sido afilado con piedra y con el propósito particular de herir.

El sirviente tiene órdenes. Instrucciones muy específicas. Hoy hará justicia. Se apresura con el corazón latiendo acelerado por el potencial, la posibilidad, la expectativa de su acto.

PARTE I

1

Los comienzos

Roma, enero de 1636

ESTAMOS EN ENERO, llamado así por el dios Jano. Un pagano. El dios de los finales y los comienzos, el que mira en ambas direcciones, hacia delante y hacia atrás. Algunos días el sol sale bajo y baña la ciudad de Roma en una luz suave y cálida como el aliento de un bebé. En otros, el frío te atraviesa como una espada.

Este es uno de esos días.

Dos copas de oporto color rubí están servidas sobre la mesa a la que me siento, que ha sido frotada con limón y sal con tanto esmero que casi ha perdido su color. Tengo los dedos de los pies apretados por mis mejores medias, estiradas con cuidado a lo largo de mis pantorrillas y atadas con elegancia a la rodilla con una cinta escarlata. Para ayudar a la fertilidad. Poso los pies en el suelo, que ha sido barrido y fregado. En el ambiente se respira un aire de limpieza, aromatizado con cítricos e ilusiones.

Dado que nuestra vivienda consiste nada más en dos habitaciones pobemente amuebladas, podría dar la impresión de que dicha limpieza ha sido un trabajo rápido. No es así. Me he pasado la mayor parte del día con las enaguas recogidas en la cintura y el pelo pegado a la cara para dar un buen repaso a esta casa. Las cortinas de la cama están sacudidas, el colchón aireado, las sábanas lavadas y dobladas y los preciosos candelabros de plata de mi madre brillan. Suspiro y me rasco las uñas donde la

piel está en carne viva. Albergo un odio fuera de lo común a fregar, quitar el polvo y frotar.

Arreglarme es un pasatiempo que me gusta más: untarme en la cara preparados secretos de habas remojadas en miel y leche de cabra. Debido a mi frente amplia, no soy tan bonita como otras, por lo que realzar mis mejores atributos no es tanto una cuestión de vanidad como de *sensatez*.

La campana de Sant'Andrea delle Fratte suena cuatro veces, sonora y grave.

Mi marido llega tarde.

Cojo la copa. El primer sorbo sabe a falso placer, una alegría rosada que se desliza con facilidad hacia mi estómago vacío. Vuelvo el rostro hacia el fuego y cierro los ojos, como un gato en busca de calor. He prendido el fuego en cada una de las habitaciones. Mi madrastra, Tiberia, estaría horrorizada.

«¿Dos fuegos? —la imagino gruñir—. No te he criado para que seas tan derrochadora. Ese gusto por el despilfarro debe de venir de tu madre. ¿Qué hay de malo en ponerse un chal?».

Pienso en esto por un momento. Aunque soy una persona de humores acalorados, hace una noche tremadamente fría. Me inclino para coger otro leño de la cesta que tengo a los pies y siento su agradable peso en la mano.

Tiberia no es la señora de esta casa. Yo, Costanza Piccolomini, sí lo soy. Y, es más, mi marido, Matteo Bonucelli, está saliendo adelante en este mundo. Ha recibido un nuevo encargo de Lorenzo Bernini.

Bernini.

«Es todo gracias a mis oraciones», había dicho Tiberia con los labios fruncidos mientras preparaba la comida el domingo pasado. «Rogué una señal que favoreciese a Matteo —añadió—. Que se abriese una puerta para que la abundancia llegase a mi familia. Y así ha sucedido».

Yo seguí revolviendo la olla en silencio. Mi madrastra suele estar más satisfecha consigo misma de lo que debería. No fueron

las plegarias de Tiberia, sino el talento de mi marido, lo que llamó la atención de Lorenzo Bernini.

Porque Bernini es un hombre que sabe esculpir, que hace milagros con el mármol de Carrara y convierte la roca inquebrantable en carne de lo más tierna, que tiembla y se ondula. Un hombre cuyo talento es capaz de recrear las complejidades del encaje más fino a partir de la piedra más tosca. Es más, Lorenzo Bernini es famoso en toda la cristiandad. Íntimo amigo del papa, agasajado por los príncipes, aplaudido por cualquiera que sepa un poco de arte como el mejor escultor de toda Europa.

Lanzo con desidia el leño pequeño que tengo entre las manos a las llamas. Tiberia tenía razón en una cosa: el nuevo encargo de mi marido supone un poco más de abundancia en nuestro modesto hogar, así que, ¿por qué no debería disfrutar yo de una pizca de lujo?

Por fin escucho los pasos de Matteo. Podría haber cien hombres subiendo las escaleras, que yo siempre seré capaz de distinguir los pasos de mi marido. Pesado como un buey, pisa con tal convicción y autenticidad que nadie podría dudar de que aquí viene un hombre honesto.

La puerta se abre y el cuerpo orondo de Matteo llena el marco. Al ser tan alto, se ve obligado a agachar la cabeza para entrar.

—Buenas tardes, esposa. ¿Qué tal? —pregunta mientras me pisa el suelo recién fregado con sus sucias botazas y deja huellas fantasmales de polvo de mármol a medida que avanza. El calor arde en mi vientre. Me levanto de forma abrupta, toda enrabiada, roja de ira.

Me entran ganas de gritarle: «¡No me pisés el suelo, hombre descuidado! ¡Tú y esas enormes botas! Me he pasado una eternidad frotando».

Pero soy consciente de que mi velada no mejorará con una regañina. En su lugar, reprimio el pensamiento, me abro de brazos y saludo a mi marido con una sonrisa amable.

—Estoy bien, esposo. —Mis ojos se posan momentáneamente en el suelo. —¿Qué tal fue tu día?

—Frío. Pero no debemos quejarnos.

Matteo se sienta en su silla habitual y me arrodillo a sus pies para ayudarle a quitarse esas botas afrentosas.

Sin quitarme los ojos de encima, se inclina para besarme en la mejilla.

—Eres una buena esposa —dice.

Esas palabras calman mi calor como agua de río vertida sobre el fuego. Sé que soy afortunada por tener un buen marido: uno que no es un pendenciero, ni insolente, ni está siempre ebrio. A pesar de sus pies sucios, en nuestros cuatro años de matrimonio Matteo nunca me ha gritado ni una sola vez, al contrario de lo que hacen otros hombres de nuestro barrio, vecinos que escupen palabras mezquinas a sus esposas. A veces me parece ver su aliento con olor a odio ascendiendo como niebla en la noche.

—Toma. —Me levanto y le ofrezco la bebida lista y esperando en la mesa. Se la toma de dos tragos antes de devolverme la taza vacía para que la rellene—. Comeremos antes de irnos.

Traigo más oporto, luego corto salchichas secas en rodajas finas y las dejo caer con regularidad sobre el plato de peltre, medio carcomido por los bordes. El aceite color óxido gotea en mis dedos, tiñéndolos del color de la tierra roja y dejando mi piel impregnada con aroma de pimentón dulce y ajo.

Matteo come con deleite y yo observo con satisfacción afectuosa. Hay algo muy favorecedor en la forma en que abre los labios, dejando al descubierto unos dientes tan grandes que el propio Júpiter estaría orgulloso. Hablamos de su nuevo encargo, esculpir querubines para la Basílica de San Pedro en el taller de la Fabbrica, el taller de Dios, donde los hombres sudan y laboran mientras tallan piedra y funden bronce.

El agradable estruendo de la voz de Matteo llena la habitación, a pesar de estar rasgada por el polvo que respira, y sus bigotes arenosos bailan deliciosamente en su barbilla mientras

habla. Entre bocados, me cuenta los diseños que le han encomendado. *Putti* rollizos con rizos celestiales, dedos pícaros y regordetes y una sonrisa bailando en sus pequeños y carnosos labios.

Cuando Matteo habla de Lorenzo Bernini, el arquitecto jefe —«*Il Cavaliere*», como él lo llama—, es como si estuviera describiendo a una deidad. Un talento prodigioso, una maravilla humana que posee tal destreza con el cincel que los hombres del taller de la *Fabbrica* no pueden más que quedarse boquiabiertos. Movimiento, acción, drama, teatro: las esculturas de Bernini lo tienen todo. Tamaña fascinación resulta de lo más inusual vieniendo de mi esposo, un hombre tan ecuánime que podría rivalizar con la báscula del panadero.

Cuando termina de comer, traigo ropa limpia y Matteo se desnuda frente al fuego; su cuerpo fuerte se flexiona en la penumbra.

—Deberíamos darnos prisa —dice, abrochándose el jubón—. Los hombres se estarán reuniendo y no queremos llegar tarde.

Siento una leve molestia. Llevo mucho tiempo esperando.

—No era necesario que pasases a recogerme. Podría haber ido yo sola. Conozco bastante bien estas calles.

—¿Cómo? ¿Y que la gente diga que Matteo Bonucelli no se ocupa de su mujer? Las calles no son seguras. Andar sola es *invitar* a que haya problemas, porque las únicas mujeres que salen a pasear solas son las rameras de los burdeles, que ahora están cerrados.

Me estoy abrochando la capa, pero mi espalda se endereza cuando me giro.

—¿Crees que me tomarían por una ramera?

—No —responde Matteo con tacto, mientras se pone las botas—. Estoy diciendo que a los hombres les da igual que seas o no una ramera. De cualquier modo, irían a por ti.

—Los hombres son una amenaza —digo mientras me recojo la capucha—. Bueno..., la mayoría. —Lo miro conciliadora y él me ofrece una sonrisa—. ¿Guantes y farol?

Coloco los guantes de mi marido sobre la mesa. Están bien tejidos, con áspera lana marrón, no por mi mano, sino por los meticulosos y rápidos dedos de Tiberia.

—¿Dejo el fuego encendido?

—Pon la pantalla, pero déjalo encendido.

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios ante la expectativa de acabar la noche en los brazos de mi marido, pues quiere tener la casa caliente y lista para nuestro regreso.

2

La debilidad de la mujer

Enero de 1636

LA LUZ DEL sol está desapareciendo cuando salimos de casa. En el suelo brillan cristales de hielo que crujen al pisarlos. Cuando vuelvo la cara hacia la calle, un viento cruel me azota y nos envuelve en un manto de neblina helada, de modo que nuestro aliento sale en nubes de vaho.

Para llegar a la taberna debemos caminar hacia el río Tíber, esa corriente sinuosa de agua que ha socorrido a Roma durante siglos. En tiempos pasados, tal era la grandeza de esta antigua urbe que la gente vivía hasta sus límites amurallados. Ahora, la mayoría de los pobres se aferran como ratas a la orilla del río, sin que ni la tierra ni el aire saludable los persuadan a trasladarse a la periferia. No se puede ganar dinero entre pastos y vacas, las monedas solo circulan donde residen papas y cardenales.

Y no nos engañemos, las monedas corren, concretamente en manos de arquitectos y orfebres, artistas, urbanistas, albañiles, aparejadores y fontaneros. Esta ciudad vuelve a estar en obras. Las calles desordenadas de la Roma imperial están desapareciendo para dar paso a enormes avenidas procesionales que unen basílicas impresionantes con plazas con forma de estrella, en las que se alzan maravillosos obeliscos egipcios enviados a Roma con mano de obra esclava. En cada esquina hay capillas en ciernes, obras de casas nuevas y limpias, y grandes edificios

civiles con columnas a medio construir. Los cimientos de una renovada majestuosidad católica.

Al cruzar la Via del Corso me envuelvo en la capa con más fuerza. Matteo es de piernas largas y avanza a un paso poco común a no ser que seas un gigante. Va por delante y lo sigo a trompicones, corriendo y rozándome los pies en mis zuecos a pesar de lo viejos y desgastados que están.

—Te suplico que no vayas tan rápido —le grito a Matteo mientras siento que el aire gélido me corta el pecho como un cuchillo al respirar.

Es un alivio ver que reduce la velocidad para ajustarse a mi paso renqueante en el camino traicionero. Cuando lo alcanzo, Matteo entrelaza su brazo con el mío, lo que me sorprende y al mismo tiempo me consuela. No suele mostrar su afecto en público y me entran ganas de que nos vea alguien del barrio. En un intento de mantener la cercanía, me pongo a charlar:

—Creo que no conozco a ninguno de los caballeros que van a juntarse esta noche. ¿Quizá podrías decirme quién va a estar, para poder tener una buena conversación?

Matteo suelta una risa cariñosa.

—Nunca he visto que te quedes sin palabras, esposa. Siempre encuentras algo de interés en todo el mundo. Y ellos en ti.

—Puede que sea así, pero es bueno estar prevenida... ¿O no?

—Ciertamente. Bien, pues va a estar Andrea, que trabaja conmigo en los *putti*. Y Vincenzo...

—Nuevo en la ciudad —lo interrumpo—. De un pueblo más allá de Pisa. ¿Haciéndose al lugar?

Me alegro de haber recordado el nombre y haber tenido la oportunidad de demostrar mi interés como esposa.

—Eso es. —Hay un deje de sorpresa en la voz de Matteo—. Sé lo que supone ser un forastero en una gran ciudad... y Vincenzo es...

Mi marido hace una pausa y me pregunta si está pensando en su propia llegada a Roma, con apenas veinticinco años, un

jovencito de Lucca, de rostro fresco, en busca de favores que encontró entre los muchos nobles portugueses y españoles que deseaban ver sus facciones capturadas en piedra.

—¿... un hombre decente? —le ofrezco a modo de ayuda.

—Sí. Es constante y trabaja duro. Vincenzo es... —Vuelve a hacer una pausa—. Un hombre de palabra. Vale la pena ayudarlo.

—¿No muy diferente a ti? —Aprieto el brazo de Matteo y siento una pequeña sacudida de alegría cuando responde con una presión.

—También estará Paolo. —Incluso en la oscuridad del crepúsculo sé que Matteo ha torcido el labio—. Es muy sobrio. Piensa demasiado en su propio talento e intelecto... —Matteo deja ese pensamiento en suspenso, como un hilo suelto—. Y tal vez venga la esposa de Paolo, Catherine, Caterina o algo así. Dicen que es talentosa en muchos sentidos.

Arqueo una ceja y me pregunto qué talentos poseerá esta tal Caterina, y de repente siento que mi marido es de mi propiedad.

Espero que pasen unos momentos y luego hago la pregunta que lleva tiempo resonando en mi interior:

—¿Va a estar Lorenzo Bernini?

Lo único que sé es que Lorenzo Bernini habita en el mismo firmamento que los príncipes y emperadores. Es tan famoso que toda Roma conoce su nombre. Un hombre al que mi marido está esclavizado.

—Lorenzo no frecuenta tabernas. No bebe. Y Luigi prefiere los lugares más ilícitos. —Matteo pronuncia el nombre de «Luigi» con una leve inflexión, apenas una carraspera, pero la capto.

—¿Luigi? —pregunto a la ligera.

—Es el hermano de Il Cavaliere. —Piensa por un momento—. Mucho más joven.

—Ya veo. —Mi tono es plácido, pero tuerzo el labio inferior. A sus treinta y dos años, puede que Matteo me saque una década, pero no soy tan joven. Me preocupa parecer una niña ante

estos hombres, con mi falda de lana teñida de rojo y mi cabello oscuro trenzado con cintas. Es un estilo muy practicado y que considero apropiado, pero no es la moda cortesana.

La capucha de la capa me roza suavemente la cabeza y siento que los rizos se me sueltan del recogido y deshacen mi obra de arte al caer los tirabuzones sobre mi frente como una niña. Maldigo por lo bajo. Un silencio se apodera de nosotros mientras respiramos al unísono y enviamos nubes de vaho al gélido aire nocturno.

EL CIERVO BLANCO, cerca del Ponte Sant'Angelo, es un sitio para artesanos, frecuentado por la congregación de hombres que muelen piedra, crean maravillas a partir del mármol, tallan columnas y sueldan bronce en formas fantásticas en el taller de la Fabbrica. Esa gran fundición donde se forjan los sueños de los papas a partir de tierra y fuego.

El negocio está en auge. El anhelo de este papa por la glorificación celestial supone que se esté gastando una fortuna. Por consiguiente, los artistas con los monederos repletos de escudos papales encuentran una taberna en la que dilapidar sus ganancias.

Al atravesar el umbral se escucha una música baja de voces masculinas, un profundo zumbido acompañado por el olor punzante a trabajo duro, cuero y humo de las pipas. Justo al fondo, detrás del gentío, se sienta un grupo en el que un hombre grande pero no del todo corpulento nos saluda y hace gestos. Matteo devuelve el saludo y yo lo sigo tímidamente. Me agarro a su jubón negro mientras nos abrimos paso entre la multitud hasta la mesa. La emoción que antes sentía se ha metamorfosado de repente en nervios, que revolotean y corren por mis venas. Hay una muchedumbre mayor de lo que imaginaba, de modo que debo forzar una sonrisa en mis labios para ocultar el martilleo dentro de mi pecho.

Me encuentro sentada junto a Andrea, el hombre que esculpe querubines con Matteo. Tiene la cabeza fina y el rostro alargado, como el de un mártir medieval, con unos ojos hundidos que bailan cuando sonríe. El hombre que se sienta enfrente es el sobrio Paolo; su esposa, Caterina —como en puridad se llama—, está sentada a su lado.

Caterina es, aparte de mí, la única mujer en el grupo. Es mayor que yo, pero resulta difícil decir cuánto, dada la maestría de su tocador y el corte excelente de su ropa: un vestido de fina lana azul a la última moda. Su cabello rubio claro está meticulosamente adornado con pequeños alfileres de perlas. No puedo evitar tirar y alisar mis rizos rebeldes.

Caterina posee una marcada belleza, con mejillas altas y angulosas, ojos azul claro y cejas finas, lo que le confiere un aire norteño. Pero lo que más me cautiva son sus labios. Me pregunto si esa naturaleza lasciva se debe a que los lleva pintados de un color poco frecuente: rojo sangre de la casi prohibitiva *cocciniglia*, pero más bien sospecho que ese aspecto libidinoso es un atributo natural de la propia Caterina.

Dicen que las mujeres son chismosas, pero he notado que cuando los hombres se ponen a hablar de cualquier tema que conocen, les gusta que se escuche su voz. Hay muchas opiniones ruidosas sobre todo tipo de asuntos, y muchas conversaciones cruzadas en los términos más categóricos. En su mayor parte son habladurías: «He oído que Giovanni Baresi está coqueteando con la esposa de Fabrizio», dice Paolo. O, «¿Te has enterado de que Armando De Marco ha vuelto a meterse en líos con Il Cavaliere? Llega tarde al trabajo y borracho como una cuba».

Cuando Andrea se vuelve hacia mí, siento un poco de vergüenza.

—¿Y usted, *signora* Costanza Piccolomini? ¿Qué opina de todas estas idas y venidas?

Un rubor trepa desde mi pecho hasta las orejas, pero el vino en mi estómago me da valor. Tartamudeo:

—Estas cosas de las que hablan no pertenecen a mi mundo, de modo que tal vez no esté en posición de hacer comentarios.

—Andrea se dispone a abrir la boca, pero mis pensamientos se aceleran y termino añadiendo—: Pero me parece que este taller..., esta Fabbrica..., no se diferencia mucho de una granja.

—Continúo, las palabras ahora fluyen de mi boca como un canto que rueda por el lecho del río, arrastrado por la corriente—. Así es. Hay ganaderos que conocen cuándo es el momento preciso y adecuado para meter la mano y sacar el cordero del vientre de la oveja, y por eso rara vez pierden un animal. Y luego están los que son... unos holgazanes.

Termino con una sonrisa radiante, bastante satisfecha con mi argumento.

Cuando Andrea prorrumpie en carcajadas, me quiero morir de vergüenza. He dicho algo malo. Mis ojos buscan con desespero a Matteo, pero no ha escuchado nuestra conversación, se encuentra inmerso en una charla con otro hombre, más o menos de mi edad, con el pelo extrañamente corto, cuyo nombre no he entendido.

—¡Bien dicho, *signora* Piccolomini! —dice Andrea entre risas—. Hay demasiadas personas en nuestro mundo que se envanecen con grandes nociones *artísticas*. No lo olvidemos: todos estamos aquí para servir a nuestro amo, como cualquier mozo de granja.

Me sonrojo, y siento el calor de la sangre en el rostro.

—Y su apellido, Piccolomini —continúa—. ¿Como los papas?

Estoy sorprendida. No mucha gente es capaz de hacer la conexión: el último papa Piccolomini reinó hace más de un siglo. Pero estos hombres dependen del patrocinio de la Iglesia, por lo que conocen bastante bien sus pontificados.

—Sí, Pío segundo... y tercero. Soy de la misma sangre.

—Nada más salir de mi boca, me preocupa que mis palabras resulten demasiado presuntuosas. Del mismo modo, no me han educado para ser objeto de burla.

Andrea asiente con solemnidad.

—La nobleza de su estirpe está bien llevada, *signora*.

¿Está Andrea tonteando conmigo? Pero cuando miro su cara, veo que tiene buenas intenciones.

—Puede que tenga el linaje, pero lamentablemente no los *scudi* —añado sonriendo, frotando el dedo medio y el pulgar, y esta vez ambos nos reímos.

De repente, donde antes había un alboroto general de conversación y alegría, se hace el silencio, como los juncos de un río que se calman cuando la brisa muere. Miro hacia arriba. Al principio no puedo discernir qué ha causado tal mutismo. Tal vez sea una redada de los *sbirri*, la policía callejera.

Al cabo de un momento me doy cuenta de que son solo dos hombres que han entrado a la taberna. A medida que avanzan, la multitud queda inmóvil por un momento para luego animarse con energía, entre codazos y señalando sus espaldas.

Estoy impresionada. Es un fenómeno curioso. El hombre que va al frente es delgado, de cabello oscuro y mejillas cinceladas. El segundo es más alto, más ancho y de constitución atlética. También tiene el pelo negro y una cara angulosa, pero la fuerza y la arrogancia de sus andares son mucho más evidentes.

—Il Cavaliere... ¡Y Luigi! —exclama Andrea mientras saluda al primer hombre, que comienza a caminar con decisión hacia nuestra mesa, sin pestañear. Debería apartar la vista. Es lo más modesto que se puede hacer en compañía de extraños. Pero no puedo.

Matteo había dicho que ninguno de los hermanos Bernini aprecería, pero aquí están ambos, acercándose a nosotros. Supongo que Lorenzo, el mayor y más famoso, es el que camina por delante. Sus rasgos son llamativos, su cuerpo sinuoso y compacto, se mueve con elegancia felina entre la multitud.

El segundo hombre, Luigi, creo, parece más relajado: se detiene para compartir una broma con un hombre y le da una palmada en la espalda a otro, seguro de su lugar en el mundo.

Hay un sitio libre al otro extremo de la mesa. El más alto de los dos se acerca al hueco y sonríe mientras se sienta en el banco, estrechando con brío la mano de los hombres de la Fabbrica y propinando golpes amistosos en los brazos de los demás.

—¡Cerveza y queso! —exclama—. Y no os olvidéis del pan. ¡Del bueno, no esa mierda negra y barata! Y unas aceitunas, también.

Lorenzo Bernini espera un momento y examina la escena, como un sacerdote contemplaría a su rebaño. Se me acelera la respiración al darme cuenta de que me está indicando que me mueva un poco. El espacio es reducido, pero consigue encajarse a mi lado, frente a Paolo y Caterina.

Mientras todos se apretujan para tener sitio, siento su cuerpo maniobrando sobre el banco. Sus muslos se hacen sitio junto a los míos. Incluso a través de mis faldas y enaguas, noto que no son troncos como los de Matteo, pero de todos modos son fuertes, como los de un bailarín, y se expanden cuando el *signor* Bernini abre las piernas para ponerse cómodo.

Aprovecho para lanzarle una mirada furtiva. Su cara es más esculpida que hermosa, con huesos finos que sobresalen de sus mejillas y unas sorprendentes cejas en forma de escarabajo bajo las cuales unos ojos muy separados, negros como un cuervo, miran fijamente, penetrantes y resueltos. Pero hay algo más. Bajo el rostro inescrutable hay una inquietud insaciable, un anhelo por algo que no consigo entender. Lorenzo es famoso y brillante, ¿qué más podría querer?

—*Signora*. —Ofrece una mano—. Lorenzo Bernini.

Como si no lo supiera.

Le ofrezco la mía, impávida, y sostengo su mirada.

—Costanza Piccolomini. Esposa de Matteo Bonucelli.

No sonríe, pero asiente y continúa mirándome fijamente. Con gran fastidio, siento que el rubor vuelve a adueñarse de mi cuello y mis mejillas.

La conversación cambia cuando Bernini está presente. No más chismes, sustituidos ahora por un análisis visceral de los

mecenas de Roma y de otros artistas, discusiones detalladas sobre las peculiaridades e inclinaciones de los hombres ricos, cada conversación rematada con una exposición exhaustiva de cómo los hombres reunidos en esta mesa eclipsan a todos sus rivales.

Más tarde, después de beber más, la conversación salta a la naturaleza de las mujeres. No pasa mucho tiempo antes de que Paolo muestre su verdadera cara y empiece a soltar palabras repugnantes y deformes.

—Es evidente que los hombres son más nobles —dice casualmente—. Es obvio. El orden natural de las cosas. Las mujeres no ocupan cargos públicos. No se les puede confiar ningún tipo de poder. Su debilidad es evidente... Si Eva no hubiera comido el fruto prohibido como una puta..., ahora no viviríamos... todos nosotros... en estado de pecado original.

Una gota de cerveza corre por la barbilla de Paolo. La observo deslizarse de forma inexorable hacia abajo hasta que se la limpia como si estuviera aplastando una mosca.

—Las mujeres son inconsistentes —continúa—. Es una verdad expresada por todo poeta que ha habido. Al escribir sobre las debilidades y fragilidades de las mujeres, nos ofrecen un reflejo del mundo. ¿No enseñan los médicos que los hombres debemos ser pacientes con las imperfecciones de las mujeres: sus cuerpos y cerebros más pequeños? Ser caliente, fuerte y seco, como los hombres, está muy por encima del humor frío, débil y húmedo de las mujeres.

Se escucha un murmullo quedo, pero no una coincidencia absoluta. Tal vez sea el vino, o tal vez mi orgullo de mujer lo que me empuja a hablar. Casi sin darme cuenta, estoy dando una réplica vigorosa desde el otro lado de la mesa:

—*Signor* —digo mientras me inclino sobre la mesa. Paolo levanta la vista, sorprendido—. Debo disentir por completo. Eva, una mujer, fue creada de la costilla de un hombre, ¿no?

Paolo asiente y entrecierra los ojos.

—Y Adán..., bueno, estaba hecho de barro..., ¿no es así?
—Continúo sin aguardar la respuesta—. ¿No es más digno estar hecho de una costilla que de barro? Ya que Eva fue hecha de carne y no de arcilla, entonces seguramente debe ser, al menos, igual a Adán.

Paolo levanta una mano y se dispone a abrir la boca, pero yo no he hecho más que empezar:

—Es más, sabemos por esos mismos poetas que, a medida que el mundo progresá, se convierte en un lugar mejor. Ahora estamos más iluminados por la fe católica que nuestros antepasados, que adoraban a múltiples dioses: Júpiter, Marte, Venus y similares. Entonces, ¿no se puede suponer que una mujer debe de ser, al menos, igual a Adán, al que Dios creó primero... —enuncio, y después dudo un momento— de prueba?

Se hace el silencio. La cara de Paolo se sonroja. Toma un trago de cerveza antes de responder:

—Buen subterfugio, *signora*, pero es una idea errónea. El mismo san Pablo predicó que a una mujer no se le permite enseñar a un hombre. La mujer tampoco debe usurpar ningún tipo de autoridad por encima de un hombre. En su lugar, debe... —Aquí Paolo enfatiza sus palabras, pronunciándolas despacio, como si hablara con una niña—. *Guardar silencio*. Adán fue creado primero. Eva segunda. De modo que es ella quien debe ser modesta. Adán no fue engañado. Fue la mujer, Eva, la que fue engañada y pecó.

Paolo me lanza una mirada de pura malevolencia.

Debido al barrio en el que crecí, aprendí rápido que las palabras no pueden herir y que a los acosadores no les gusta que los desafíen. Mis venas se calientan mientras compongo mi dulce respuesta:

—Ah, ya veo. Es el hombre quien siempre debe instruir a la mujer. De modo que... —planteo, y me llevo el dedo índice a los labios y miro hacia el cielo, como si tuviera pensamientos elevados—, siendo este el caso, ¿no sería mayor el pecado de Adán?

Dado que fue Eva quien persuadió a su marido para que desobedeciese y él, siendo la cabeza pensante, el hombre, más sabio que Eva, debería haberla apartado de tal error..., ¿no es así?

La mesa ha quedado en silencio. Nadie me mira a los ojos. Mi ardiente bravuconería ahora me abandona. Busco a Matteo, pero él solo puede responder con una pregunta silenciosa, con ojos suplicantes: «¿Por qué tienes que soltarte así la lengua?».

Dejo caer la cabeza mientras el calor de mis humores se humedece en mis ojos. Resuena una voz. Es Luigi, desde el otro extremo de la mesa:

—¿Qué dices, hermano? ¿No tienes una opinión al respecto?

Todos los ojos se dirigen ahora hacia el mayor de los Bernini, mientras calcula cómo responderá. Un momento de silencio, apenas el batir de un ala. Luego, un fuerte y lento aplauso.

—¡Bravo! —exclama Lorenzo Bernini—. ¡Bravo! ¡Brillante! Bien dicho, *signora* Piccolomini.

Todos aplauden y gritan conformes. Todos excepto Paolo, cuya boca forma una sonrisa que no se manifiesta en sus ojos.

Cuando la charla continúa, el *signor* Bernini pone su mano, de dedos largos y ligeros, sobre la mía. El cuero de su chaqueta negra es tan fino que al rozar mi piel parece seda. Siento su mirada.

—Posees un fuego inusual —murmura, sonriendo. Es la primera vez que lo veo sonreír en toda la noche.

Conozco a los hombres y su forma de actuar, y creo saber lo que Lorenzo Bernini está haciendo. Pero luego retira su mano abruptamente, como si nunca hubiera tenido la intención de rozar mi carne. Palpo con la otra mano el lugar que él acaba de tocar y siento que mi piel está caliente, como si la hubieran marcado con hierro.